

conseja? ¿tú creer en el duende? ¿tú? no, Inés, ni yo creo en él, ni tengo secretos pesares; si los tuviera, ¿á quién si no á tí los habria comunicado?

—¡Ay! tú te empeñas en engañarme, pero tan cierta estoy de que me ocultas un terrible secreto que te hace padecer, como de que hay un duende en palacio.

D. Fernando por toda contestacion lanzó una alegre carcajada, y procurando cambiar el tono y el jiro de la conversacion hizo una caricia á D^a Inés y comenzó á prodigarla galantes frases y protestas de amor.

IV.

En donde el lector ve al duende, y escucha una de sus conversaciones con la reina D^a María Ana.

ONABAN las doce de la noche en el reloj de palacio, y casi al mismo tiempo se abria una de las puertas de la habitacion de D. Fernando de Valenzuela.

D^a Eujenia acompañaba á su marido hasta el umbral, D. Fernando salia, y D^a Eujenia se quedaba volviendo á cerrar aquella puerta.

D. Fernando tomó el mismo camino que le hemos visto llevar en la noche en que su esposa le presentó á la reina.

Pero esta vez D. Fernando se encaminaba por aquellos aposentos oscuros y por aquellos angostos pasillos con extraordinaria confianza; no vacilaba ni se detenia para nada.

A la misma hora, la reina, que estaba sola en su cámara leyendo, cerraba el libro y dirijia una mirada inquieta á uno de los ángulos de su cámara, exclamando:

—No tardará.

Casi en el mismo instante se oyó el ruido de una llave que entró en la cerradura, y en el ángulo á donde miraba

D^a Ana de Austria se abrió una puertecilla que estaba oculta por el tapiz, y se presentó Valenzuela.

La reina se ajitó de placer, y D. Fernando entró precipitadamente; se arrojó de rodillas á sus piés, y tomando con sus manos la mano que le tendia la reina, la llevó con ardor á sus labios y la tuvo así por largo tiempo.

—Alzate, Valenzuela—le dijo D^a María Ana de Austria con una voz dulce y armoniosa—álzate y toma asiento aquí, á mi lado.

—Señora, permítame V. M. que la contemple, que la sirva así de rodillas, como se mira á un ángel, como se habla con Dios.

—No, Valenzuela, no; para tí no quiero ser la reina, para tí no quiero ser la soberana, para tí, Valenzuela, no soy mas que María Ana de Austria, la mujer que piensa en tí, que te ama, que es feliz con tu amor.

—¡Señora! ¡señora!—esclamó Valenzuela casi postrándose para besar la orla del vestido de la reina—por piedad, tanta ventura me hace morir de felicidad.

—Valenzuela—contestó D^a María Ana levantándole con ternura, obligándole á sentarse á su lado y mirándole cariñosamente—¿por qué te empeñas en turbar mi dicha? ¿por qué te empeñas siempre en no ver en mí mas que á tu reina? quiero que me ames como amarias á cualquiera de mis damas, quiero que dejes á un lado ese respeto, ese ceremonial que es mi martirio cuando estoy á tu lado; quiero ser amada por tí, como son amadas todas las mujeres: Valenzuela, ¿acaso porque soy reina he de ser tan desgraciada que no consiga oír de tus labios esas frases que embriagan al alma; esas frases que oyen todas las mujeres y que no he oído yo nunca? Valenzuela, dime que me amas, pero no

como á reina: por Dios, hazme feliz, ¿me amas, Valenzuela? ¿me amas, amor mio?

—Te adoro, señora, te adoro—esclamó D. Fernando arrebataado por el ardiente entusiasmo de la reina—te adoro; tu amor es para mí la suprema felicidad; te amo, señora, no porque eres reina, no porque dos mundos te obedecen; te amo por tí, por tí sola, porque eres bella, como deben serlo los arcánjeles, porque tu voz es armoniosa como el trinar de las aves, porque tu corazon es tan puro como el aliento de la aurora; te amo, porque me has dado tu primer amor, porque me has consagrado los perfumes virjinales de tu corazon, porque siendo tan alta y tan poderosa, has fijado en mí tus ojos, señora; porque eres el sol cuya luz admiran todos, pero que solo alumbrá por mí y para mí.

—Así, así quiero verte, Valenzuela; así quiero que me ames, así quiero que me hables, bien mio; qué dichosa me haces así con tu amor, mi dueño, mi encanto! óyeme, yo no he sido dichosa hasta hoy, porque yo no he amado nunca, porque yo nunca he sido amada; el rey era un hombre que por su edad podia haber sido mi padre; me casaron con él por razon de Estado; ¡ah! tu no comprendes lo que se siente en el corazon cuando se comprende que se entra al matrimonio así como por conservar una raza! yo quise á mi esposo como á un padre, pero jamas tuve por él una ilusion. Murió y quedé viuda, pero mi corazon era vírjen y yo tenia necesidad de amar, y ningun hombre de cuantos me rodean me inspiraba la menor ilusion; Eujenia me suplicó que asistiese á su matrimonio, condescencí de mala gana; llegué á la capilla; te ví, Valenzuela, y no sé lo que sentí; aquel momento decidió de mi porvenir, y cuando supe que tú eras el que iba á casarse con Eujenia; cuando os ví que

os dábais las manos, entonces sentí los celos, antes de haber gozado del amor; desde aquel día tu imájen iba siempre conmigo á todas partes; procuraba furtivamente verte, oír tu voz, porque te amaba, Valenzuela, porque te amaba. En vano pedía á Dios que apartase de mí este pensamiento; en vano pretendí ahogar este amor que era para mí una locura; ni mis oraciones, ni mis esfuerzos, ni nada, nada bastó para apagar el fuego de mi corazón, y cada día te amaba mas y mas, y esta pasión ahogó los gritos de mi conciencia y dominó mi virtud, y si Dios no la ha arrancado de mi seno, Valenzuela, es porque Dios no quiere que deje de amarte, es porque quiere que yo sea tuya, y lo seré.

—Aliento de mi alma, luz de mi espíritu; cuando yo te ví por la primera vez, también sentí que mi corazón se estremecía; pero ese pensamiento de amor que cruzó como un relámpago en la negra noche de mi desgracia, procuré ocultármelo á mí mismo; porque ese pensamiento solo era para mí la profanación, el sacrilegio: ¿cómo osaría mi corazón alzarse, ángel mio, hasta tu grandeza y hermosura? Pobre gusano, vil polvo que arrastra el soplo de la tormenta, ¿podía ambicionar no solo subir hasta tu altura, sino merecer siquiera una sola de tus brillantes miradas? Cuando pasaba, señora, cerca de tí ó á tu vista, mis ojos se nublaban, mi sangre se encendía, vacilaba mi cuerpo como queriendo caer; me sentía delante de tí avergonzado, temeroso, porque creía, amada mía, que ibas á leer en mi frente el pensamiento que calcinaba mi cerebro, que ibas á conocer que yo abrigaba la osadía de amarte, porque te amaba, señora: ah! si pudiera encontrar palabras para decirte lo que siente mi corazón! Amor de mis amores, dime que me amas, dímelo, porque tanta felicidad me parece mentira,

porque estoy creyendo que sueño, y esta idea es capaz de volverme loco.

—Te amo, Valenzuela, ¿aún lo dudas? estás á mi lado, mis brazos rodean tu cuello, mi aliento se confunde con el tuyo, mis labios reposan en tus labios y en tus ojos y en tu frente; tus miradas queman mi rostro, ¿y aún dudas que te ame? ¿y aun dudas que nuestra dicha sea una realidad? ¿y aún crees que sueñas, Valenzuela? Estréchame contra tu seno, siente el latir de mi corazón y dime, ¿crees que te amo? ¿crees que hay sobre la tierra quien ame como yo?

—No, señora mía; tú amas, como tú sola sabes amar.

—Yo no he oído dulzuras y ternezas, dueño mio, sino es de tu boca, y por eso no sé yo como amarán los demás hombres; pero el corazón me dice que nadie como tú es dulce y ardiente; nadie como tú sabe dar á su voz esa armonía de pasión y de encanto; nadie como tú tiene en sus ojos esa luz que fascina, en su aliento ese perfume que embriaga: yo quiero servirte aquí de rodillas, Valenzuela; estoy contenta, feliz con ser reina de los otros para ser tu sierva; orgullosa estoy con ser tu esclava; quiero consagrarme á tí, no mas que á tí; quiero reconcentrar mi alma y mi vida en tí: dime, Valenzuela, tú que andas en el mundo, tú que sabes mas que yo lo que es el amor, ¿todas las mujeres que tienen un amante, sienten esta suprema felicidad? ¿todas las almas enamoradas flotan en este piélago de inmensa ventura, que me hace á mí olvidarme de cuanto me rodea, que me hace sentir el paraíso en medio de la tierra? dime, ¿todas sienten lo mismo? ¿todas aman así? porque así no comprendo como hay tantas que se llaman desventuradas cuando hay tantas que tienen amor.

—No, María Ana mía.....

—Así, así quiero que me llames, “María Ana mia:” en tu boca ¡cuán dulce suenan estas palabras! ¡qué nuevas son para mí! Al oírtelas me siento lo que nunca he creído ser, jóven, hermosa, y sobre todo, amada.

—Amada, sí, amada como quizá ninguna lo será sobre la tierra; pero todo eso que sientes, toda esa felicidad que te embriaga, que se apodera de todo tu sér; todo eso te hace superior á las demas mujeres: María Ana mia, no todas las mujeres aman como amas tú: ese es el don de las almas privilegiadas como la tuya; esa dicha infinita solo se siente cuando se encuentran sobre la tierra dos almas como las nuestras, formada la una para la otra, y desde el primer momento se adivinan, se aman, se buscan y se confunden luego, la una en la otra, como en un éxtasis perpetuo, como en una pasion que solo puede inspirar el cielo.

D^a María Ana enlazó con sus brazos blancos y mórvidos el cuello de Valenzuela y contempló apasionadamente por largo rato y en silencio el rostro de su amante: aquello era ya una locura, una idolatría.

Las horas pasaron para aquellos corazones felices con la rapidez del relámpago.

—Amanece ya, amor mio—esclamó de repente Valenzuela.

—¿Tan pronto?—dijo D^a María Ana con tristeza.

—Pronto viene el sol, porque no puede brillar sin verte.

—Quizá cuando él sale empieza para mí la noche porque no te miro.

—Pronto volverá mi dicha, que si largo es el tiempo, amada de mi alma, que paso sin estar á tu lado, corto se me hace para pensar en tí.

—No me olvides un solo instante y no tardes en venir.

—A las doce en punto, amor mio.

D. Fernando se levantó, y la reina, llevándole abrazado, le condujo hasta la puerta.

—Adios, alma de mi alma—dijo Valenzuela.

—Todavía no; aún quiero acompañarte.

—¿Y si alguien te viera?

—Nadie hay que pueda verme, y si me ven, qué importa? estoy orgullosa con tu amor, y quisiera que todo el mundo supiera que me amas.

Así llegaron hasta la puerta de una estancia.

—Hasta aquí—dijo la reina—adios, mi amor.

—Adios, María Ana mia.

Se escuchó el ruido de un beso, y como si aquel ruido hubiera despertado un eco dormido, se sintió entre las sombras un estremecimiento que los amantes no sintieron.

La reina entró á su cámara y D. Fernando volvióse á su aposento. D^a Eujenia dormía ya profunda y tranquilamente.